

[23]

LA CARTA PERDIDA,

Juguete cómico en un acto, por D. Joaquin García Parreño, *representado con aplauso en los teatros del Reino.*

(PUBLICADO EN LAS JOYAS DEL TEATRO, SEGUNDA EDICION.)

PERSONAJES.

ROSA.
PAULINA DE SANDOVAL.
SIMPLICIO.
ERNESTO.
D. ROQUE.
PERICO.

La accion pasa en una casa de vecindad.

La escena es en una sala con tres puertas; la primera de la derecha conduce al cuarto de Paulina; la segunda, colocada en el foro derecha, es la que conduce á la calle, y la de la izquierda al cuarto de D. Simplicio. Por la puerta del centro del foro se vé el jardin.

ESCENA PRIMERA.

Dos mozos que traen muebles, algunas sillas desordenadamente colocadas por la escena y que á su tiempo irán colocando en el cuarto de la izquierda. D. SIMPLICIO *sale con ellos.*

SIMP. Con mucho cuidado, muchachos; esto es lo último. Gracias á Dios, que ya no queda en la otra casa mueble alguno, esceptuando mi mujer... pesado mueble... Idlos arreglando ahí dentro (*señala al cuarto de la izquierda.*) que al momento soy con vosotros. (*los criados entran los muebles.*) Ha llegado por fin el deseado dia de mudar de casa; no podia permanecer por mas tiempo en la otra; el almibarado vecino que vivia enfrente de nuestro cuarto, me tenia cansado y aburrido; luego, se me figura que era demasiado galante con mi cara mitad, y ella amable en estremo, parecia no rehusar del todo sus galanterías; ya se vé... á las mujeres basta decirlas que son bonitas para conseguirlo todo; y aun como el escolástico se ha ausentado por algun tiempo de la capital, esto me tranquiliza algun tanto. Pero, señor, que esos demonios de estudiantes tengan que ser el azote de los maridos! Será el sino: así estará escrito allá arriba. Rosa debe tardar poco en llegar, porque estaba acabando de vestirse cuando yo he salido; feliz mil veces el instante en que tomé la acertada resolucion de abandonar mi antiguo domicilio: vamos á ayudar á esa gente. (*se entra en el cuarto de la derecha. Paulina sale por la primera puerta derecha con delantal, y en uno de sus bolsillos una carta y pañuelo.*)

ESCENA II.

PAULINA.

Quiero disfrutar un poco del aire del jardin: quiero probar si la vista de aquellas flores será bastante á tranquilizar, al menos por un momento, la agitacion que esperimento por la tardanza de mi amado Ernesto. Si le habrá sucedido alguna desgracia? Si habrá mudado de idea? Oh! Dios mio, esta incertidumbre me mata; y con todo, en esta carta, que ya mil veces he leido, me asegura... dice así: «Querida mia: dentro »de poco gozaré de nuevo el placer de estrecharte en »mis brazos, para no separarme nunca de tí, justa »recompensa de tu constante amor.» — Ciertamente que le he sido fiel.—«Yo estoy pronto á dártela, á pesar »de los obstáculos que se oponen, y que tú no des- »conoces.»—Su padre no quiere que se case con una viuda, y mucho menos siendo pobre como yo.—«Pero »todo lo venceré; te repito que pronto estaré en tus »brazos.»—Su labio nunca mintió.—«Has hecho bien »en avisarme que has dejado la casa donde vivias, »antes de mi partida, trasladando tu domicilio en la »calle del Jardin, núm. 74.»—Sin embargo, esta carta hace cerca de un mes que está en mi poder, y esta es la razon por la que su tardanza me sobresalta. (*guarda la carta en el delantal.*) Quién será aquel forastero? (*viendo á D. Simplicio.*) Tal vez el nuevo inquilino. Si al menos fuese casado, sola como me hallo, me seria muy grata la compañía de una señora.

ESCENA III.

SIMPLICIO *y* PAULINA.

(*Simplicio sale con un plumero de limpiar el polvo.*

SIM. Cuidado con ese escritorio, que es de madera muy delicada... (*en la puerta á los mozos.*) Todavía no ha parecido mi cara consorte? Ah! señorita, á los pies de usted.

PAU. Beso á usted la mano.
SIM. Sentiria que el polvo que sale del cuarto la hubiese á usted... (Me gusta esta jóven!)
PAU. No, señor... Siga usted con sus quehaceres; habia salido aquí para disfrutar un poco del fresco del jardin, y en verdad que la tarde ha refrescado, y con su permiso de usted voy á entrar en mi habitacion.
SIM. Vive usted en esta casa?
PAU. En ese cuarto. (*señalando la primera puerta derecha.*)
SIM. Entonces somos vecinos: me alegro mucho: y mi mujer tambien se alegrará de tener por vecina á tan amable compañera; y, perdone usted la franqueza, es usted casada?
PAU. No, señor, soy viuda y estoy en vísperas de contraer nuevo enlace.
SIM. Me congratulo por los dos. (Estas mujeres no pueden estar viudas ni un momento.) Tiene usted hermanos? Dispense usted la curiosidad.
PAU. No, señor; solo tengo en mi compañía á una mujer anciana, parienta mia, la cual nunca sale del cuarto; padece de convulsiones, y de algunos dias á esta parte ha empeorado su salud.
SIM. Lo siento mucho; y podria usted decirme si entre los inquilinos hay estudiantes?
PAU. No lo creo.
SIM. (Respiro.)
PAU. Sin embargo, yo habito aquí hace muy pocos dias, y no puedo asegurarlo.
SIM. Ay qué placer tendria en que no estuviésemos mas que señoras... digo, en que no hubiese en casa otro individuo del sexo feo... no porque sea yo celoso, no señora...
PAU. Con que, segun usted ha dicho, es usted casado?
SIM. A mi pesar!
PAU. A su pesar! Y por qué?
SIM. Porque una mujer es un censo y un enredo para un pobre.
PAU. Todos lo mismo, y despues...
SIM. Y despues se casan?... Qué quiere usted... la mujer es una especie de calamidad, que se ase á uno de una manera inseparable... Es una enfermedad contajiosa, para la cual son inútiles los cordones sanitarios.
PAU. Tambien poseen muy buenas cualidades.
SIM. Que no compensan á las malas.
PAU. Es usted muy severo... Pero el fresco se deja sentir demasiado, estoy un poco resfriada, y... (*saca el pañuelo del bolsillo del delantal, y cae la carta al suelo.*)
SIM. Luego los gastos que nos acarrean; cualquier cosa las pone enfermas; un mero airecillo las constipa...
PAU. No debe usted juzgar á todas por mí...
SIM. No lo he dicho por usted, señora... Pero cuando son delicadas, se necesita, supongamos, llamar al médico, al cirujano; los hay tan jóvenes! Todo el mundo es ahora médico... La enfermedad se alarga, ó bien las dolencias se repiten con frecuencia... siempre tomando el pulso... estos ataques moderno-nerviosos son tan contínuos...
PAU. Le veo á usted muy mal prevenido en favor de nuestro sexo... Oigo la voz de mi tia; con permiso de usted, me retiro; tal vez se habrá puesto peor.
SIM. Si puedo servir á usted, con el mayor gusto...
PAU. Mil gracias... en todo caso abusaria de la bondad de usted. (*vase al cuarto de la derecha.*)

ESCENA IV.

SIMPLICIO, *solo*.

Es muy bonita y muy graciosa mi vecina; pero mi mujer que no parece... Si habrá vuelto el huesped!... Con todo, allí quedaba con ella la doncella, aunque las doncellas son poco de fiar... Voy yo mismo á ver qué ha ocurrido... Cualquiera que me oyese diria... tú eres celoso: pues no, señor, no lo soy, pero me gusta saberlo todo y verlo todo... Cerraré antes la puerta no sucediese que entretanto esos mozos me aligerasen de algo. (*va á cerrar, pero la voz de Paulina le detiene.*)

ESCENA V.

SIMPLICIO *y* PAULINA, *agitada*.

PAU. Caballero... caballero!...
SIM. Qué ha sucedido?
PAU. Mi tia se halla acometida de una fuerte convulsion, y sola no puedo socorrerla; si tuviese usted la bondad de entrar para ayudarme!...
SIM. Al instante...
PAU. Os suplico que no tardeis.
SIM. Vamos pues... (Por dónde andará mi mujer?)
PAU. Entrad... entrad. (*cuando dice Simplicio, al instante, aparece Rosa en la puerta que dá á la calle; se queda al paño escuchando el corto diálogo hasta que se entran.*)

ESCENA VI.

ROSA, *sola*.

Qué veo! No es Simplicio, mi marido, el que entra en aquel cuarto con una jóven?... Y cómo le rogaba!... Ah, querido! Tu me atormentas de contínuo con tus ridículos celos, y despues... qué idea!... si esta repentina mudanza tuviese por objeto estar cerca de esa jóven!... Sí... el modo con que le suplicaba... su pronto asentimiento, sus deseos de salir de la otra casa... todo me hace sospechar... Bravo, señor mio! Siempre preguntando... siempre siguiéndome, siempre cosido á mi... y todo, para qué? Para engañarme á mansalva con sus aparentes celos! Quiero cerciorarme... (*se acerca al cuarto de Paulina, y repara en la carta que cayó al suelo.*) Qué papel es este? Una carta sin sobre. (*leyendo.*) Una carta de amores... Y con cuánta ternura está escrita! Qué dulces espresiones!

ESCENA VII.

SIMPLICIO *y* ROSA.

Al ver á su mujer leyendo una carta, se para y se va acercando con el diálogo sin que ella lo vea.

SIM. Ya está aquí... Está leyendo!... Y es una carta!... Si fuese del susodicho que apelase á la retórica para seducirla!
ROSA. (*leyendo*) Qué tierno amante!
SIM. (Amante?)
ROSA. Si al menos fuese así el ganso de mi marido!
SIM. (Muchas gracias por lo de ganso.)
ROSA. Ah! La que recibe una carta como esta puede llamarse feliz.
SIM. (No la oigo bien; lo de ganso es lo único que me ha hecho eco: ganso!)
ROSA. Con cuánto pesar me hallaria si yo la hubiese perdido.
SIM. (Ya lo creo. Viva la franqueza!...)
ROSA. Benditos sean mil veces los que saben usar de tanta ternura para con sus amadas, y reniego otras tantas de los maridos que solo saben hacer gritar y llorar á sus pobres mujeres como el tonto de mi esposo.
SIM. (Tonto ha dicho?)

ROSA. Pero ya nos veremos, señor mio. Ay!

SIM. Sí, que hay.

ROSA. Me has asustado.

SIM. Ya!... Yo la asusto á usted; pero no los que escriben con ternura.

ROSA. (Me ha oido, mejor, para vengarme quiero que permanezca en su engaño.)

SIM. No responde usted? Si no me contuviera el poco tiempo que estoy en esta casa, ahora mismo tendríamos un escándalo; pero no quiero que me tengan por lo que no soy. Basta decir á usted que todo lo he oido... todo... sin esceptuar lo de ganso y tonto.

ROSA. Conozco este nuevo ardid que quieres emplear para que calle, para que ahogue mi justo resentimiento, finjiendo sospechar de mi conducta, cuando soy yo la que tengo grandes y justos motivos de queja hácia tí.

SIM. Nunca hubiera creido un descaro semejante.

ROSA. Es que ya he apurado el sufrimiento.

SIM. Y tienes valor para reconvenirme?

ROSA. Crees que no he visto la precipitada entrada en aquel cuarto con una jóven?

SIM. (Tiene celos; me alegro!)

ROSA. Parece que no sabe usted qué responderme?

SIM. Es verdad que he entrado, pero con eso no satisface usted mi deseo. Dígame usted, señora, de quién es la carta que oculta entre sus manos?

ROSA. Esta carta es... es... á usted no le importa...

SIM. Ojalá que no me importase! .. Pero lo sé, lo sé todo, y ahora conozco lo engañado que he vivido.

ROSA. Y dígame usted, quién es la jóven que habita en aquel cuarto?

SIM. Es... á usted no le importa. (Rabia!)

ROSA. Finjir cariño hácia mí, sospechar de todo y... pero te has equivocado... yo emplearé todo mi valor y nos veremos.

SIM. (Y es capaz de dar un escándalo; probemos á buenas.) Rosita, Rosita mia, vamos, enséñame la carta.

ROSA. No puede ser.

SIM. Pero, por qué?

ROSA. Porque no puedo, hasta que no me digas quién era la jóven con quien estabas hablando.

SIM. Puedes estar tranquila... Así, pues, qué papel es ese?

ROSA. Una receta.

SIM. Una receta? Quién sabe el récipe que habrá en ella! Señora doña Rosa, en nombre de los derechos que las leyes conceden á los maridos, déme usted esa carta.

ROSA. Apelando á los que conceden á las esposas, no quiero.

SIM. En ese caso voy á usar de la fuerza.

ROSA. Amenazas! Adentro te espero.

SIM. Huyes? (*Rosa se entra en el cuarto de la izquierda. Simplicio la sigue, mas ella le dá un portazo en la cara.*) Ay!... me ha hecho un chichon en la mollera. (*abre y entra.*)

ESCENA VIII.

ERNESTO *y* PERICO. (*Ernesto de camino.*)

ERN. Esta debe ser la casa donde habita mi Paulina; sí, estas son exactamente las señas que me ha dado: aquí es donde traerás el equipaje: no me equivoques el número.

PER. Estad seguro de que Perico Saetas (este es mi nombre), de que Perico nunca hace nada mal.

ERN. Esceptuando...

PER. Cuando no lo hago bien... está entendido.

ERN. Bravísimo: pórtese el señor Perico bien, y recibirá una recompensa digna de su mérito.

PER. Corro como un gamo. (*se va á ir.*)

ERN. Escucha... sabes dónde vive el banquero Saez?

PER. Toma que no; soy el primer práctico del país... Se pregunta dónde vive tal ó cual sugeto, al momento respondo en tal calle, en tal número, en tal cuarto; se me pregunta tal señora, en dónde vive? Al momento contesto en tal calle, en tal manzana, en tal escalera, en tal... si me preguntan...

ERN. Basta, basta... Estoy persuadido de tu habilidad... Vete al instante á casa del señor Saez.

PER. Como un cohete. (*se va á ir.*)

ERN. Pero ven aquí: á qué vas?

PER. Ah! Sí, es verdad.

ERN. Entrégale esta carta, y dile que me haria el mayor obsequio en mandarme aquí la contestacion con cualquier dependiente.

PER. Con la prontitud del rayo. (*se va á ir.*)

ERN. Espera... en seguida irás al parador y me traerás el equipaje.

PER. Con la celeridad del viento.

ERN. Sin detenerte.

PER. Mas veloz que una saeta.

ERN. Que te parta.

PER. Servidor de usted. (*vase corriendo.*)

ESCENA IX.

ERNESTO, *solo.*

Vaya un ente original! No fué tonto el que le puso el apellido de Saetas... Pero pensemos en mis asuntos... El corazon me rabosa placer: ya por fin estoy en la casa que habita mi amada Paulina. Hace un mes que no sabe de mí... varios negocios imprevistos han retardado mi llegada. Corramos á consolarla; cuál será su cuarto! Si hubiese á quien preguntar! Mas si no me equivoco, hácia aqui se dirije un caballero; el tal podrá decírmelo.

ESCENA X.

SIMPLICIO *con la carta en la mano, con aire de triunfo;* ERNESTO *se retira un poco al fondo.*

SIM. Ah! Por fin cayó en mi poder; en vano queria ocultarla. Aquí está este miserable papel, cuyos garrapatos han puesto en revolucion todo mi órgano, y que han ocasionado un terrible encuentro á mis narices; pero todo lo doy por bien empleado, pues la he cojido; y no porque me inspire celos, no señor; yo no soy celoso, nada de eso; pero ver una carta en manos de mi mujer, una carta que trataba de ocultar, no saber quién se la dirije... son cosas... son cosas que hacen á uno!... Cuernos, el caso es algo sério!

ERN. Me parece algo agitado; no quisiera molestarle.)

SIM. (Me falta valor para leerla!... Ingrata!.. Quién sabe qué cosas le dice! Cuántos vituperios habrá escritos! Está sin sobre, es claro, para que no se pueda descubrir... Cuánto saben!... (*Lee en voz baja: de cuando en cuando dice en alta voz.*) *Querida mia...* querida suya; el diablo que te lleve. *Dentro de poco gozaré de nuevo el placer de estrecharte en mis brazos!...* Ah! Dios mio! Estrecharte en mis brazos... con que es decir que la estrechaba!... Infame! Y ella se dejaba abrazar... Me va á dar algo!

ERN. (Parece que la lectura de esa carta le conmueve.)

SIM. (*leyendo*) *Justa recompensa de tu constante amor!* Ya le daré yo la recompensa... *A pesar de los obstáculos que se oponen y que tú no desconoces.* Y que tú no desconoces! Sí, los obstáculos soy yo... si señor, no hay duda... *Pero todo lo venceré...* Oh! eso lo veremos; cuando se presente el infame seductor, la en-

contrará muerta, descuartizada, pulverizada. (*muy agitado y paseando.*)

ERN. (No puedo oirle bien; pero no hay duda que es una graciosa escena mímica.) (*se acerca un poco.*)

SIM. Esto más!... *Has hecho bien en avisarme que has dejado la casa donde vivias antes de mi partida.* Ya le ha avisado! Mañana nos mudaremos á otra casa, y pasado mañana á otra, y si es preciso me iré al campo, y atravesaré los mares y me la llevaré á Rusia, á Turquía... no, seria peor; me la llevaré al infierno, y le daré celos con la mujer de Pluton.

ERN. (Parece estar desesperado.)

SIM. *Tu amante, Ernesto Villalobos.* Será el estudiante; sí, Ernesto era su nombre... Sin embargo, no creo que ese era el apellido... Será otro... Cásese usted... busque usted esposa instruida, modesta, laboriosa... Todas, todas son iguales!

ERN. (Será que alguna jóven le habrá sido infiel; no todas son como mi Paulina.)

SIM. Quién jamás hubiera sospechado de ella semejante pasion? De ella, que me juraba un cariño eterno: y cuando yo la reconvenia por lo mas leve... no por celos, no, porque yo no soy celoso, me aseguraba, infiel! Lejos de mí esta horrible carta, oríjen de mis males. (*la tira.*)

ERN. Quisiera saber lo que dice ese papel... Será alguna correspondencia clandestina de su amada... Cuánta risa me dan estos pobres amantes engañados.

SIM. La repudiaré; no, la mataré; asi, despues de muerta, no tendré necesidad de repudiarla, y libraré al mundo de una víbora con faldas. (*Ernesto, durante el anterior monólogo, ha recojido la carta del suelo y la lee rápidamente.*)

ERN. (Dios mio! Qué veo! Mi carta en manos de ese hombre! Ahora comprendo su desesperacion, lo que decia! Qué debo creer?

SIM. No puedo mas; lo primero... Sí, ahora mismo salgo de esta casa, y me voy á vivir á la cúpula de un campanario... Quisiera tener algo que romper... voy á tirar los muebles por el balcon; no, que son alquilados... Me voy á tomar el aire, porque si no me vuelvo loco. (*va á marcharse.*)

ERN. Caballero!

SIM. (*asustado.*) Quién sois? Qué quereis? Por quién preguntais?

ERN. Os pido mil perdones: sin embargo, una razon muy poderosa me obliga á deteneros; esa carta que habeis tirado al suelo...

SIM. Si la he tirado, he tenido mis razones para hacerlo.

ERN. Pero deseo saber cómo vino á vuestro poder.

SIM. Porque yo mismo la he arrancado de... Y por qué, por qué me lo preguntais?

ERN. Porque necesito saberlo al momento.

SIM. Si tanto urje, lo diré. La he arrancado de las manos de la perjura que yo tanto amaba, y en recompensa de mi amor me estaba vendiendo.

ERN. Cómo! Decis que era de vuestra amada?

SIM. De mi amada, de mi adorada, de mi todo.

ERN. Infame! Y yo que me tenia por el mortal mas dichoso! Infame! Infame!

SIM. Cómo infame! A qué viene esa fatídica esclamacion?

ERN. Sabedlo, esa carta es mia, y yo soy quien la he escrito.

SIM. Vos! Tú! Usted! (Y tiene valor para decírmelo en mis barbas!) Pero, uf... no puedo mirarle tranquilamente; me voy; pero si entro en casa, no me voy á poder contener: si me quedo, voy á cometer un homicidio! Si tuviese valor, lo desafiaría; pero si acepta, soy perdido. Ah! Si yo supiese manejar algun arma! Pero desde pequeño las he tenido asco, sobre todo, á las de fuego; nunca he manejado otras que el asador ó las parrillas.

ERN. Esto es un sueño: no puedo llegarlo á comprender... tantas instancias para que volviese, y entretanto...

SIM. (Nada... mi primera idea: me presento á su familia, le cuento mi historia, y se la entrego franca de porte, como la carta.

ERN. En fin, caballero, necesito una pronta esplicacion.

SIM. (Si yo supiese manejar un cañon!)

ERN. Vamos, qué dice usted?

SIM. Nada.

ERN. Cómo nada?

SIM. (*con fuerza*) Nada... (*frio*) Nada... (*llorando*) Nada... (*vase corriendo.*)

ESCENA XI.

ERNESTO, *solo.*

Y echa á correr! Es un cobarde, un tonto; él me vengará. Ahora será lo mas prudente el salir de aquí; se me podría hacer juguete de pérfidas intrigas... No, quiero hablarla; hacerla conocer su perfidia, y partir al momento para nunca mas verla; aquella es la puerta por donde salió el estúpido rival; aquella debe ser su habitacion. (*llama á la puerta de la izquierda.*) Estoy impaciente por saciar mi enojo.

ESCENA XII.

Dicho, y ROSA *á la puerta.*

ROSA. Por quién pregunta usted, caballero?

ERN. Dónde está ella?

ROSA. Ella! Y quién es ella?

ERN. La falsa! La infiel!

ROSA. Pero, de quién hablais?

ERN. De vuestra ama, de vuestra hermana, de vuestra amiga.

ROSA. Yo no tengo aquí hermana, amiga ni ama.

ERN. No vive en este cuarto Paulina Sandoval?

ROSA. Aquí no vive nadie de ese nombre.

ERN. Que no vive, decís?

ROSA. No señor, y la dueña de este lo soy yo.

ERN. Si me habrá engañado! Pero yo he visto salir de aquí...

ROSA. De aquí solamente ha salido mi marido.

ERN. Vuestro marido! (*admirado.*)

ROSA. Sí, señor, mi marido.

ERN. Con que está casado?...

ROSA. Cómo si está casado? A qué vienen esas preguntas? Qué tiene de estraño...

ERN. Cómo! Pues no sabeis? (Pobre mujer! No quiero ser yo el que le descubra ese fatal amor; mas vale que lo ignore.)

ROSA. No quiere usted responderme? (Este hombre ha escitado mi curiosidad.)

ERN. No es nada... como creia que aquí vivia...

ROSA. Esa Paulina por quien preguntaba usted?

ERN. Ciertamente.

ROSA. No puedo deciros su habitacion, porque hace muy poco tiempo que estoy en esta casa; solo sé, por desgracia, que ahí enfrente vive una jovencita que... no sé mas.

ERN. Por qué habeis dicho por desgracia?

ROSA. Porque mi caro esposo... no puedo ni debo deciros...

ERN. (Ah! Sí, esto es; aquel es el cuarto de Paulina,

y esta pobre mujer tiene ya noticia, segun veo, de cuanto pasa.)
Rosa. Si no mandais otra cosa, con vuestro permiso me retiro.
Ern. Permitidme, quisiera saber...
Rosa. Caballero, no puedo detenerme.
Ern. Un solo momento. (*aparece Simplicio á este tiempo, y al ver á Rosa con Ernesto, se detiene.*)

ESCENA XIII.

Dichos, y Simplicio.

Sim. Qué veo?
Ern. Decidme, hace mucho tiempo que vuestro esposo conoce á esa jóven?
Rosa. Pero, por qué es ese interés? Es acaso parienta vuestra?
Ern. Tal vez. (*siguen hablando bajo.*)
Sim. Hablan bajo, y con mucho calor... Quién sabe que horrible trama estarán fraguando, y yo, bárbaro de mí, le he dejado aquí... Si no fuese por... Ay!... Si supiese manejar una lanza! (*se adelanta, pero á un movimiento de Ernesto retrocede.*)
Rosa. Os ha engañado! Y es cierto que mi marido la ama?
Ern. Todo me lo prueba.
Rosa. Qué infamia! Y qué pensais hacer?
Ern. Qué? Vengarme de ella y desengañar á vuestro esposo, para hacerle volver á sus deberes.
Rosa. Ah! El cielo os bendiga, caballero; hacedlo y mi gratitud... (*le coje involuntariamente la mano.*)
Ern. No en vano habeis cojido mi mano, pues ella será vuestro apoyo.
Sim. (Le ha dado la mano... Malo... malísimo! Si supiese manejar un trabuco! Pero no saldrá; aquí me estaciono, me petrifico hasta el dia del juicio!)
Ern. Por ahora no deis paso alguno: confiad en mí; pero os aseguro que quedareis satisfecha de mi honrado comportamiento. Retiraos.
Rosa. Mi suerte depende de vos; me entrego en vuestras manos. (*en alta voz al retirarse.*)
Sim. (En sus manos... Infame, infame! Ay! Si yo supiese manejar... un fusil!)
Ern. Sí, meditaré una noble venganza... Ante todo voy á mandar suspender el traspaso de mi equipaje, si llego á tiempo. Por qué te he amado tanto? Y á pesar de todo, quién sabe si podré borrar de mi corazon su adorada imájen?... (*vase por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA XIV.

Simplicio, *siguiéndole con la vista.*

Quién sabe si podré borrar de mi corazon su adorada imájen!... Sueño ó estoy dispierto? (*de repente se dirije á la puerta por donde se marchó Ernesto, y dice gritando:*) Ven, si tienes valor... seductor... ven... Ay! y si lo oye?... Si yo supiese manejar... y qué diablo, aun cuando supiese... Me vuelvo loco! Pero lo que yo no puedo llegar á comprender es, cuándo y cómo ha podido llegar ese amor á tal estremo: yo que siempre estoy á su lado; que siempre la sigo... no por celos, no señor; por suerte no tengo esa loca pasion; pero como la mujer es débil por naturaleza, necesita siempre buenos consejos... Y á pesar de eso, todo es inútil. Tonto! Cásate con una señorita... Bruto! Desobedece á tu padre... Te está muy bien... No señor, mal y muy mal. (*se pasea agitado.*)

ESCENA XV.

Paulina *y* Simplicio.

Pau. Mi tia se halla algun tanto restablecida... Pero, qué teneis?
Sim. Ah! Señora, si supiéseis...
Pau. Os ha sucedido alguna desgracia?
Sim. Sí, una terrible desgracia amenaza mi cabeza.
Pau. Si os puedo ser útil...
Sim. Y quién lo diria! Una mujer es la causa!
Pau. Una mujer! Cuánto me aflije vuestra situacion!
Sim. Ya que sois tan buena, quiero al menos descargar mi corazon contándoos mis desgracias... Yo soy casado... como antes os dije.
Pau. Y en verdad que deseo conocer á vuestra esposa.
Sim. Ese era mi deseo, una buena amiga: mas la ingrata, despreciando mi amor, me ha engañado.
Pau. Es posible?
Sim. Me ha pospuesto á otro. Cocodrilo!
Pau. Y quién es el malvado?
Sim. No lo sé... solo puedo deciros su nombre: Ernesto Villalobos.
Pau. (*con viveza.*) Ernesto Villalobos habeis dicho?
Sim. Sí, señora... Pues como decia...
Pau. Ernesto!
Sim. Sí, señora... Pues como decia...
Pau. Pero estais cierto que ese es su nombre?
Sim. Sí, señora... pues como decia...
Pau. Y por dónde ó cómo lo habeis sabido?
Sim. He sorprendido á mi mujer una carta de él, en la cual le aseguraba que dentro de poco vendria á abrazarla... Y mas que eso, le acabo de ver...
Pau. Dónde?
Sim. Aquí.
Pau. Cuándo?
Sim. Hace un instante.
Pau. Y qué hacia?
Sim. Hablaba con mi mujer.
Pau. Cierto?
Sim. Y le apretaba la mano.
Pau. Eso mas?
Sim. Y ella le decia: mi suerte depende de vos; me entrego en...
Pau. Ah! Traidor! (*con desesperacion.*)
Sim. Qué teneis, señora?
Pau. Nada... no es nada; vuestra historia...
Sim. Os ha sorprendido? Conmovido? Si eso ha sido á vos... qué habrá sido á mí?
Pau. (Nunca lo hubiera creido! Infiel!)
Sim. Y qué hago? Si publico mi situacion, yo mismo me pongo en ridículo.
Pau. (Esto esplica su tardanza.)
Sim. Qué me aconsejais? Qué debo hacer?
Pau. Si yo me hallase en vuestro lugar, tomaria la mas cruel venganza...
Sim. Y la tomaré... Pero cuál?... Y cómo? Yo no poseo ciertos dotes necesarios, indispensables.
Pau. Es una infamia, una accion vil, que exije una reparacion.
Sim. (Pobrecita! Cómo se interesa por mí!) Si tuviese valor para atravesarle el corazon, pif... pero no me siento con suficiente espíritu...)
Pau. (Y qué debo hacer?... Salir de esta casa para no verle jamás: mi prima me dará habitacion por algunos dias; sí, estoy decidida. (*se va á ir.*)
Sim. Me abandonais?... Aconsejadme por Dios.
Pau. No puedo daros otro consejo, sino que debeis vengaros.
Sim. De ella?
Pau. No sé...

SIM. De él?
PAU. Sí... no sé...
SIM. Pero entonces, cómo se compone este fregado?
PAU. No sé; nada puedo deciros. Adios. (*vase.*)

ESCENA XVI.

SIMPLICIO, *solo.*

Pero óigame usted... Nada, se marchó: debo vengarme, es lo único que sé; dónde encontraré un arma?... De fuego, se entiende, que hiera de lejos... No por temor, no; sino porque no quiero ver cerca de mí el repugnante rostro de ese cobarde seductor... Y juraria que no tengo el pulso tranquilo! Quisiera... Yo que no he sido capaz de matar un mosquito, y eso que es animal punzante; yo, que en veinte y cinco años que son los que hace que he tenido la suerte ó la desgracia de haber nacido, no he cojido un arma en mis manos! Ahora el honor exije... honor! Dios encargado del honor, yo te invoco, dame tu amparo! (*va á irse*)

ESCENA XVII.

DON ROQUE *y* SIMPLICIO.

ROQ. Caballero, mil perdones.
SIM. Qué se le ofrece?
ROQ. Usted me dispensará.
SIM. Por dispensado. En qué puedo servirle?
ROQ. Quisiera saber... mil perdones... pero...
SIM. Otra te pego!
ROQ. Si podria usted indicarme dónde vive...
SIM. Quién?
ROQ. Mil perdones.
SIM. Ul.
ROQ. Don Ernesto...
SIM. Qué mas?
ROQ. Mas? No señor, no es su apellido Mas.
SIM. No digo eso: su apellido?
ROQ. Ah! El apellido... no le recuerdo; pero aquí en la cartera le debo tener. (*buscándola.*)
SIM. (Maldito seas tú y la cartera.)
ROQ. (*buscándola.*) Mil perdones.
SIM. Dale... Villalobos tal vez?
ROQ. Eso es, Villalobos; sabeis dónde vive?
SIM. En el infierno.
ROQ. Lejos está la calle del Infierno: me habian dicho que era aquí; venia para pagarle unas letras de parte del señor Saez el banquero, en cuya casa tenia sus fondos.
SIM. (Es claro, los retira para huir con ella.)
ROQ. Es decir que...
SIM. Es decir que no vive aquí.
ROQ. Habré equivocado las señas; mil perdones.
SIM. Está usted cuatro mil veces perdonado, suma total de los perdones que usted me ha pedido; y mil que le anticipo á cuenta de que me deje usted en paz.
ROQ. Bien, me retiro, servidor: mil... (*Simplicio le tapa la boca, y empujándole hácia afuera, dice con rapidez.*)
SIM. Perdones, basta, entendido... Jesucristo! Qué tio mas cócora!

ESCENA XVIII.

PERICO *sale corriendo y* SIMPLICIO.

SIM. Ah! voy por el arma.
PER. Caballero... tendria usted la bondad de decirme?
SIM. Otra te pego!
PER. Tendria usted la bondad de decirme cuál es el cuarto de D. Ernesto Villalobos?
SIM. Tú tambien? No parece sino que todo el mundo se ha dado por contraseña ese maldito nombre: y para qué quieres saberlo?
PER. Para dejar su equipaje, que me ha mandado traer.
SIM. Aquí?
PER. Si señor, aquí.
SIM. Eso es, ancha Castilla! Si, este sin duda es el resultado de la conferencia, del apreton de mano: voy á armarme.
PER. Si tuviéseis la bondad de indicarme?...
ERN. Qué..? el qué?
PER. El cuarto?
SIM. De quién?
PER. Del señor Villalobos.
SIM. Que os devoren á él y á tí. (*le dá un empujon y le tira.*)
PER. Ay! ay!... me ha roto algo. Ay! ay!...

ESCENA XIX.

ROSA, PAULINA, *cada una en la puerta de su cuarto, van á salir, más al verse, dichos los versos, cierran sus puertas con rapidez.*

ROSA. Qué ruido es este?
PAU. Quién grita?
PER. Un desnucado, un... ay!
PAU. (Mi rival). No quiero verla. (*se entra.*)
ROSA. (La pérfida!) No quiero oirla. (*se entra.*)
PER. Mil gracias! Yo creia que las dos venian á socorrerme, y las dos han desaparecido como dos rayos! Probaré á levantarme, á ver si tengo algo roto. (*se levanta y procura pasear.*) Pues no tengo nada, lijero como el céfiro.

ESCENA XX.

ERNESTO *y* PERICO.

ERN. Te buscaba, vengo del parador y ya habias salido; pero, qué es esto? Mi equipaje por el suelo?
PER. Os diré... venia como de costumbre con la velocidad del rayo, cuando me he encontrado manos á boca con un medio loco que al oir vuestro nombre, se puso furioso, y me tiró al suelo con la violencia del vapor.
ERN. (Seria mi rival!) En fin, cárgate de nuevo el equipaje y sígueme.
PER. Mas veloz que el viento.
ERN. No, déjate de las velocidades de los elementos, no sea que tengamos otro vuelco; pero aguarda, aquella puerta se abre... es ella! (*Paulina aparece en su puerta como para salir de casa.*)
PER. Quién?
ERN. Calla!
PER. Punto en boca. (*deja caer el equipaje con rapidez y queda sentado sobre la maleta. Se advierte que cada vez que deja el equipaje hace lo mismo.*)

ESCENA XXI.

DICHOS *y* PAULINA.

PAU. (*Al paño.*) Voy á casa de mi prima. (Qué veo! (*viendo á Ernesto.*)
ERN. Se ha sorprendido.
PER. Bonita jóven! (*Paulina vá á marcharse. Ernesto la sale al encuentro.*)
ERN. Se marcha usted? En busca tal vez de algun amigo?
PAU. No estoy en el caso de dar á usted cuenta de mis acciones.
PER. (Huy, qué nublado!
ERN. Qué descaro! Todo lo sé, infiel! A otro están ya consagrados vuestros pensamientos.
PAU. (Infame! Ahora finje celos!) Estoy muy desenga-

ñada, y conozco la falsedad de las promesas de usted.

ERN. La evidencia prueba lo contrario.

PAU. Lo que prueba la evidencia es, que usted es un traidor, y un falso.

ERN. Yo falso?

PER. (Nublado dije? Una tempestad en regla.)

ERN. Yo falso?... Atreverse á acusarme, despues de la carta que escribí? Y todo cuanto en ella decia!...

PAU. Era una mentira: aquella carta os hace más culpable aun, y más aborrecible á mis ojos.

ERN. (No sé como puedo contenerme!)

PER. (Borrasca deshecha!)

ERN. Tal audacia, tal ingratitud, me desesperan. Adios para siempre; Perico, vamos... (*hace ademan de marchar.*)

PER. Con la prontitud del relámpago. (*vá á irse.*)

PAU. Deteneos.

PER. Quieto. (*se sienta.*)

ERN. Qué quiere usted de mí?

PAU. Quiero echarte en cara tu alevosía, y con tu misma carta que nunca se apartó de mí...

ERN. (Qué dice? Pues si la tengo yo.)

PAU. Y que despues haré pedazos en tu presencia.

ERN. Te desafio á que lo hagas.

PAU. Si? Quiéres gozarte en mi desesperacion? Pues bien, no, no quiero darte ese placer. Salid de aquí.

PER. Más ligero que el viento. (*Cogiendo el equipaje.*)

ERN. Espera.

PER. Alto. (*le deja.*)

ERN. Crees tú que desconozco la causa por la cual no te atreves á romper en mi presencia esa carta? Porque no está en tu poder; perjura, esta es la recompensa de mi cariño.

PER. (Esto vá largo.)

PAU. No puedo ni debo sufrir por más tiempo tus injurias; aqui está... (*Buscándola.*)

ERN. (Si no la estuviese tocando, me haria dudar.) (*Con la mano en el bolsillo en el que tiene la carta.*)

PAU. Dios mio! No la encuentro... Si la habré perdido?

ERN. Qué descaro!

PAU. Poco durará tu triunfo; la tendré en mi cuarto; dentro de un momento quedarás confundido. (*vase.*)

ESCENA XXII.

ERNESTO *y* PERICO.

ERN. Estoy aturdido!... Aquí está la fatal carta que la ingrata finje ir á buscar.

PER. En qué quedamos? Nos vamos ó nos quedamos?

ERN. Aguarda un momento.

PER. Aguardo.

ESCENA XXIII.

SIMPLICIO *aparece armado de una pistola por el foro izquierdo.*

SIM. Ya encontré por fin un arma mortífera. (*Perico se vuelve involuntariamente; vé á Simplicio con la pistola, dice los versos que siguen y abandonando el equipaje desaparece corriendo.*)

PER. Qué veo! El loco de antes con una pistola; aquí se queda todo, y huyo más veloz que una centella. (*váse.*)

ESCENA XXIV.

ERNESTO *y* SIMPLICIO.

ERN. Deseo que vuelva pronto para ver que nueva trama ha urdido. (*repasando la carta.*)

SIM. (*Al foro, sin ver á Ernesto.*) Firme la cabeza; apenas le divise, apunto y pum... le tiendo y le hago revolcarse en su sangre. Veremos si despues de muerto se atreverá á perseguir á mi mujer.

ERN. Cuánto tarda!

SIM. Huy! estaba aquí! No le habia visto. (*Con miedo.*) Valor!... no encuentro el gatillo: tengo calambre en los dedos, se me figura que el piso se menea... resolucion... (*Gritando.*) Infame, muere... (*Simplicio apunta la pistola, mas al volverse Ernesto de cara á él, dá un grito: Simplicio dispara la pistola hácia el lado opuesto y se le cae de la mano.*)

ERN. Qué es esto?

SIM. Ay!

ERN. Cobarde! Asesino! Socorro! Socorro! (*Muy rápido todo. Entra en el cuarto de Rosa.*)

ESCENA XXV.

PAULINA *y* SIMPLICIO.

PAU. Qué sucede? Ese tiro que ha sonado.

SIM. He seguido vuestro consejo.

PAU. Qué decís? Pero dónde está?

SIM. Allí tendido...

PAU. Dios mio! Qué habeis hecho?

SIM. Siguiendo vuestro consejo, me he vengado. Yo he recojido sus últimas palabras: socorro! Socorro!

PAU. Infeliz de mí! Esa carta perdida ha sido la causa de una fatal equivocacion... Pero, es verdad lo que decís?

SIM. Yo lo he visto... Es verdad que la pistola no queriendo ser cómplice de mi homicidio, se escapó de mis manos... pero el metal... el mortífero plomo... No sé lo que me sucede, estoy fuera de mí, si no la hubiese disparado haria conmigo un mismicidio.

ESCENA XXVI.

ERNESTO, *dentro.*

ERN. Solo deseo que alguien lo presencie para que no cometa otra barbaridad; luego ya nos veremos.

PAU. (*Con alegria á Simplicio.*) Es su voz!

SIM. Vive!

ERN. Ahí está la pérfida, al lado del cobarde seductor. (*saliendo.*)

ROSA. (*Saliendo.*) Con ella!

PAU. (*Al ver á Rosa.*) Solo esto me faltaba para estar convencida de su traicion.

SIM. Se ha curado en mi casa! (*con dolor*) Estoy por volverle á matar.

ERN. Espero, caballero, que me seguiréis, pues aun cuando deberia trataros como á un vil, quiero que veais la distancia que media entre los dos. Y usted, señora, ha encontrado por fin esa carta?

PAU. La he perdido no sé cómo.

ERN. Basta de finjir: por vuestra causa he estado á punto de ser víctima de este majadero. (*por Simplicio.*)

SIM. Fuera las alusiones... deberiais avergonzaros, despues de haber seducido á mi mujer, á la que yo tanto queria. (*llorando.*)

ROSA. Qué dice?

ERN. Eso es una impostura... Pero y vos, qué derecho teneis para seducir á mi amada?

SIM. Yo? Hombre! Si pudiese me le tragaba.

ROSA. Y cómo te atreves á poner en duda mi fidelidad?

SIM. Y la carta?... Y la horrible carta que te arrebaté de las manos? Quieres mayor prueba?

ROSA. Aquella carta que me arrebataste, la habia encontrado al entrar aquí en al suelo, y solo por darte celos, traté de finjir que la ocultaba.

SIM. Qué oigo! Será verdad? (*Buscándola.*)
PAU. Y aquí fué donde sin duda perdí la mia.
ERN. Será verdad?
SIM. Pero señor, dónde la he metido?...
ERN. Vos tirásteis una al suelo y está aquí; la mia.
PAU. La tuya qué no tenia sobre?
SIM. Es verdad.
ROSA. Es cierto.
ERN. Miradla todos. (*se acercan y la reconocen.*)
PAU. Sí, la misma que perdí.
ROSA. La misma que yo encontré.
SIM. La misma que yo tiré.
ERN. La misma que recojí. (*Simplicio se dirije á cada actor.*)
SIM. Es decir... Es decir... Es decir...
PAU. Es decir, es decir que todo se acabó, porque nuestras sospechas...
ERN. Son vanas.
ROSA. Y nuestros celos...
SIM. Infundados.
ERN. Y todo por qué?
SIM. Tontos? Por una carta que...
PER. (*Sale corriendo.*) Al oir un tiro, más rápido, más veloz que un...
ERN. Calla.
PER. Callo... Pero...
SIM. Calla.
PER. Callo.
SIM. Y pues amor nos convida, (*dirigiéndose al público.*)

halagad más nuestra vida
poniendo en esta ocasion,
á nuestra carta perdida
el sello de aprobacion.

FIN.

MADRID: 1861.
IMPRENTA DE MANUEL ALVAREZ,
Calle de la Espada, núm. 6.